

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Octubre 27 de 1860.

Núm. 15.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, OCTUBRE 27 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

XIV.

La gloria pues de haber resucitado el buen gusto en la poesía débese indudablemente a don Ignacio de Luzan, quien no solo trazó en su *poética* los preceptos mas sanos de composición sino que dió asimismo con el ejemplo pruebas mas que notables de que la fantasía no es incompatible, como se cree erradamente, con el estudio i el trabajo.

Su libro, por supuesto, fué una verdadera novedad: los literatos, los hombres amantes de la literatura creyeron que con él estaban ya abiertas las puertas del templo de las Musas; i que el jenio debia ya necesariamente penetrar por el verdadero sendero, de que lo habia separado la corrupcion producida por el abatimiento de que habia sido víctima la monarquía.

Si se estudia, como lo hemos hecho nosotros, la famosa *poética* de que hemos hablado i se la compara con el preciosísimo trabajo que sobre esto mismo nos legó Horacio, i mas tarde, bebiendo en esta fuente, nos regaló el erudito i juicioso Boileau, no se podrá menos que estrañar, a pesar de lo dicho, el auge estraordinario que mereció aquel libro de parte de los primeros humanistas i literatos de su tiempo.

Cuando hemos hablado de la boga que obtuvo la obra citada i hecho presente la estrañeza que nos causa la revolucion operada por ella en la poesía, no hemos querido otra cosa que manifestar la lastimosa situacion en que se hallaba la literatura; pues a no ser así su degradacion, el trabajo del Luzan no habria pasado de ser un buen estudio, una buena coleccion de preceptos retóricos siempre dignos de atencion, pero no, como lo fué, el primer cimiento del atrio de la poesía.

Sin embargo, desde don Juan de Iriarte hasta el ménos docto de los que aspiraban al dictado de literatos, estudiaron este trabajo: lo analizaron i dieron por el, segun lo acredita

la voluminosa correspondencia de Luzan, no solo las gracias al autor sino los parabienes a las letras Españolas por haber hallado al fin un hombre capaz de rejenerar con su talento el carácter ya abastardeado de la poesía.

Clásico exajerado, hombre de estudios profundos i de un natural sesudo i severo, natural era que su libro nos parezca hoi a los que vivimos bajo la licencia literaria que desde principios del siglo invade a la literatura, un tanto tirante en sus doctrinas i hasta escaso de lo que llamamos, tal vez en nuestro orgullo sin fundamento, de miras i de filosofía. Secuaz de Horacio, comentador i a veces traductor *ad pedem litteræ* de Aristóteles, i, sobre todo, lleno de las ideas tristes que le habia causado la anarquía que se habia apoderado del Parnaso Español desde el final de Felipe IV, razonable será confesar el mérito indisputable de esta que hemos llamado tirantez de doctrina. Efectivamente, el ejemplo de Gracian estaba demasiado cercano, los desbarros de los corruptores del siglo décimo sexto eran todavía admirados por los apasionados celosos de su jenio: el ejemplo en fin, funesto del libertinaje literario estaba todavía en pié, insultando, puede decirse, con su descaro la muerte de las musas. Siendo así ¿qué estraño será que Luzan, hastiado por el triste espectáculo que veia, quisiera tal vez pecar de duro, de exigente para con el poeta, a quien ya se habia concedido carta blanca para poder hacer todo jénero de profanaciones con la poesía? Tan verdadero es esto, que don Juan de Iriarte en una carta confidencial i amistosa le dice el servicio que usted ha hecho a las letras Españolas es notable, i si algo pueden reprochar a Vd. los apasionados de su talento es quizás un poco de dureza respecto de las reglas de composición aristotélica a que usted sujeta los jéneros elevados de la poesía.»

Pero ¿qué es esto en comparacion del beneficio inmenso que Luzan hizo a la poesía, de lo que le debió la literatura en jeneral i de los esfuerzos i la labor que fueron necesarios para oponer un valladar a la barbarie que atropellaba el santuario de las letras?

No contento con formular preceptos, con dictaminar secamente como la jeneralidad de

los preceptistas sobre los vuelos de la fantasía, sobre los arranques del corazón, hácese también discípulo de su propia teoría, i pone a su númen como la primera víctima expiatoria de sus mismas doctrinas. Las pocas composiciones que de este laborioso i benemérito humanista nos han quedado, i que hemos leído con respeto, son una prueba, como ya lo hemos repetido, de que el estudio lejos de entibiar el calor de la imaginación i acortar las alas al ingenio, sirve i muy poderosamente para prestarle un aliento i consistencia sin los cuales todo triunfo es efímero i todo empeño no traspasa la línea de lo mediano.

Su poesía es recomendable respecto a la forma por la circunspección i el decoro que lucen en ella, i en el sentir de hombres de acrisolado criterio, una muestra segura de que la filosofía bien puede desprender rayos de luz suaves i bienhechores i fecundar con ellos las flores del alma que de continuo quema con su propio brillo.

Si en la poesía del autor de que vamos hablando no hai esa osadía que acredita la intensidad del pensamiento, el profundo anhelar del corazón, avaro de tristes verdades, el fuego que quema i hace cenizas las mismas ilusiones que crea sin duda para tener el orgullo de reducir despues en pabesa; hai con todo un fondo de sensatez, de decoro del espíritu, de bondad de juicio, puede decirse, que agradan tanto como puede al que ama la meditación el espectáculo de aquellas florestas donde ni se oyen embravecidos torrentes, ni la vista se ofusca con empinadas montañas, ni el corazón se amedrenta con la oscuridad de los añosos árboles. La poesía de Luzan es sencilla, tierna o veces, pura i decorosa siempre; así su lectura no puede ménos que ser grata para todos aquellos que gustan estudiar el corazón en sus medias tintas, a la fantasía en sus cortos vuelos, al alma, en fin, en el mediano arrobo cuyos límites no debería quizás traspasar atendiendo al desconsuelo que sufre cuando despues de recorrer el mundo del infinito tiene que caer a la tierra para rozarse con los mezquinos intereses de la vida.

En este concepto el autor citado es digno de aprecio, i su memoria, recordando el provechoso ejemplo dado por él a los alumnos de la poesía, no podrá borrarse jamás de los que hacen de ella un estudio concienzudo i por lo mismo aman a los que la han elevado i abominan a los que la han manchado o prostituido.

El título de *restaurador* del Parnaso Español con que todos los críticos están acordes en honrar la memoria de Luzan, es, por último, el más perfecto juicio que pueda hacerse sobre su mérito; el mejor i más honroso epitafio que podía inscribirse sobre su sepultura:

los sacerdotes de las musas deben leer este honorífico lema siempre que echen la vista sobre los nichos sagrados que adornan las paredes de su templo. ¡Dichosos los que así como él pueden tener su nombre escrito para siempre en el corazón de los hombres que sienten! ¡Dichosos los que así pueden contar con ese coro eterno de alabanzas, con esa memoria embebida en armonía, con ese nombre repetido elocuentemente entre los ecos más suaves del alma!

Al lado de Luzan al primero que miramos i creemos digno de atención es al conde de Torrepalma; hombre dotado de un corazón verdaderamente apasionado i de una cabeza nacida para mecerse en las encumbradas regiones de la poesía. El estilo de sus versos es fogoso: el lenguaje, aunque no siempre puro i castigado, es elegante a veces, su elocución donosa i acabada apesar de los resabios de cultismo de que no ha podido desprenderse tal vez como de veras lo intentaba. En su *Deucalion* tenemos una prueba de lo que decimos: vigor, valentía, elegancia, estro constantemente sostenido, trozos de poesía descriptiva en que se siente el aura de la naturaleza, en que se ve la vida que la anima; todo esto hai allí; i de seguro que nuestro elogio no parecerá exagerado a nadie que haya querido consagrar algunas horas a su lectura.

Tanto más estimable es este trabajo cuanto que el autor, por su posición social, no estaba destinado para cultivar la poesía en una nación como la España en que se creía como artículo de fé que la nobleza era un obstáculo para descender al estudio, que solo se exigía i premiaba raras veces en los villanos. Cuando se medita que la mayor parte de los grandes de España no tenían más ocupación que la caza, más incentivos que los placeres que podían proporcionarse con el brillo de su nombre i el ruido de sus talegas, es imposible negarse al placer de conceder al conde de Torrepalma el elogio que se merece. Hablando de él, dice un escritor del tiempo: «Era en realidad raro en sus gustos, pues no atendía a sus propios intereses por entregarse a su placer por la poesía i pasar las horas, que los otros de su clase consumían en palacio i en los placeres estruendos de sus lujosas estancias, en compañía de hombres inferiores a su clase i que él apellidaba con orgullo *mis poetas*.»

Como se vé, el dicho conde era una excepción entre los nobles, i excepción muy honrosa cuando la nobleza Española no daba siquiera un respiro que pudiese anunciar que estimaba la gloria i la encontraba en donde ya sus antepasados habían sabido buscarla.

El *Deucalion*, pues, merece leerse, descripciones hai en él, como ya lo hemos dicho, que pueden dar envidia a los mejores poetas, trozos que deben estudiarse por todo aquel que

quiera cultivar el jénero de poesía descriptiva, tan difícil de producir triunfos como grato para los que han nacido para revelar las bellezas esplendorosas de la naturaleza. Tiene tambien la ventaja este escrito de poder proporcionar al estudioso un acopio de modelos de buen gusto, de perfecta i clásica elocucion al mismo tiempo que el triste espectáculo de lo que es la peste del mal gusto que todo lo inficiona, que nada respeta, i de lo que es el jenio del hombre que, aunque sea elevado i fuerte, tiene las mas veces que ceder a los usos de la sociedad en que vive.

La escuela de Góngora, etc., etc., etc., dice un escritor moderno Español fué un verdadero cólera-morbo: todo lo inficionó: pero lo mas terrible es que al inocular su veneno en la poesía no parece sino que hubiera deseado corromper hasta el porvenir de las Musas. Pensando así, fácil será disculpar al autor de que hablamos, i facilísimo, si a esto se agregan las consideraciones que ya hemos hecho, conceder al conde de Torrepalma un lugar preferente entre los pocos que contribuyeron a reedificar el altar de la poesía i a reverenciarla dignamente con el holocausto de su talento.

M. BLANCO CUARTIN.

Continuará.

Un cuento de cuaresma.

I

¡Partir!.... ¿pero qué importa si ha de venir un día. Trayéndonos la dicha que ansía el corazón?
¿Qué importa, si a un momento llegando la alegría Destierra de nosotros la bárbara aflicción?

¡Partamos! i siguiendo la luminosa huella Que marca en nuestra senda la mano del amor,
El funeral ropaje que viste nuestra estrella Podremos en jirones romperlo sin temor.

Partamos.... ¿Pero cómo? La incertidumbre horrible Detiene nuestro paso con un influjo atroz,
I al alejarnos dícenos con acento terrible Que vamos de un tormento mas temerario en pos.

¡Estas palabras crueles que oye tan solo el alma Desgarran nuestro pecho, conturban la razón;
I entónces la esperanza sin la apacible calma Es astro que en la nube se envuelve del turbión!

Es una flor que rudo el huracan violento Tronchara i que deshace con tremendo furor,
I en átomos la arroja por el gran firmamento Sin que una señal quede de su matiz ni olor....

¡Ai, infeliz del hombre que vive idolatrando I que de la que adora se vé corresponder;
Pero que ambos el cáliz del amor apurando La gota que desean no alcanzan a beber!

.....

La luna derramaba sus límpidos albores

Sentada de los cielos en la llanura azul,
I en el puro rocío de las pintadas flores
Rielaban plañcenteros los rayos de su luz.

La brisa preludiaba tan lánguida armonía
Como la que formara fujitivo placer,
I pura entre las hojas del árbol se mecía
Cual la risa en los labios de anjelical mujer.

Al pié de los balcones de un edificio hermoso
Como en acecho un hombre se mira al resplandor;
¿Quién sabe lo que aguarda?—Parece un noble mozo,
Sin duda que le tiene talvez allí el amor.

Después de alguna duda como de quien recela
Que alguna otra persona le pudiera observar,
Con timidez pulsando sonora vihuela
Al pié de los balcones se puso así a cantar:

«Voi a la guerra a partir
Porque así pueda alcanzar
Algun día,
Mi mano a la de ella unir
I ya para siempre estar
Con Maria.

Si ella mi adios escuchara
Aunque fuera desde el lecho,
¡Ah! sería
Cuanta ventura deseara
Se alimentase en mi pecho
Noche i día.

Mas talvez yace entregada
En un sueño delicioso.
Mi Maria,
I mi esperanza burlada
Tendré que marchar, penoso
Noche i día.

¡Adios!.... voi a pelear
I si salgo victorioso,
Vida mia,
Podré tu mano alcanzar:
I al fin viviré dichoso
Noche i día.»

No bien hubo el embozado
De concluir su cantinela,
I aun vibraba su vihuela
Sobre el aire sosegado,

Cuando abriéndose una reja
Leve i cautelosamente,
Una voz pura, inocente,
Esclama con dulce queja:

—¿Por qué con tanta imprudencia
Quieres partir al combate?
Por mí sin duda no late
Tu corazón con violencia.

No sentirá la pasión
Que me ha pintado tu acento,
I por tí yo sí la siento
En mi pobre corazón.

¡I pude creer que delira
Un hombre de amor herido!...
Todo es en ellos finjido,
Cuanto dicen es mentira.

—Por Dios, Maria, deten
Tus enojos un instante;
No ofendas mi pecho amante
No lo destrozes, mi bien.

Me falta, Maria, un nombre
I dinero, que en el mundo
Es un pobre ser inmundo
Si caudal no tiene, el hombre.

Sin esto, infeliz mi vida
Pasaré por que sin tí,
Es la vida para mí
Por demas aborrecida.

—I ese nombre ¿para qué es?
¿Por qué deseas dinero?
¿O piensas, dí, que prefiero
Al amor, ese interes?....

Creí que mas jenerosa
Me juzgabas en mi amor;
Pero veo con dolor
Que no pensabas tal cosa!

—¡Mujer adorable! ¡Virjen hechicera,
Perdona a mi lábio, perdona mi voz!
¿Jamás tanta dicha, ventura, creyera
Podria guardarme tu anjélico amor!

¡Ah, yo te idolatro, mi Maria hermosa,
Con tanta vehemencia, delirio mas bien,
Que acaso en el mundo no exista otra cosa
Que a mi alma brindara tan grato placer!

Pero tú bien sabes no es por ofenderte
Si tanto ambiciono tesoros ganar;
Sinó que tu padre poderoso, verte
A un pobre enlazada no consentirá.

I acaso te obligue con otro a casarte,
I muero yo entonces en cruel padecer,
Que en brazos de otro hombre no podré mirarte
Sin que a mi existencia ponga fin mas bien.

—¿I quién a otro dueño podria entregarme
Si a tí solo he dado ya mi corazon?
A otro hombre ninguno podria enlazarme
De no ser contigo mi único amor.

Sí, Marcial, lo juro con el juramento
Mas santo i solemne que pueda existir:
O me hacen sin tí morir a un tormento,
O contigo me unen i me hacen feliz.

—¡Oh, ya es imposible.... modera, Maria,
Modera un instante tu amor i tu voz,
Que no puede tanta suprema alegría
Apurar mi humano, pobre corazon!....

¡Huyamos, Maria: sigamos la huella
Que sobre este mundo nos traza el amor;
I entonce en el disco de espléndida estrella
Pondrá nuestros nombres la mano de Dios!

—Marcial, ¿no te basta lo que he hecho ahora?
De mi honor no rompas el velo fugaz;
Ya te lo he jurado, mi pecho te adora
I tu eres mi solo constante pensar.

—Pero yo quisiera vivir a tu lado
I juntos el cáliz alzar del placer;
Huyamos, i al punto con lazo dorado
Podrá el himeneo unirnos, mi bien.

—Pues habla a mi padre sin falta mañana
I dile que me amas cual yo te amo a tí;
Dile nos bendiga, i entonces ufana
A donde tú quieras te podré seguir.

—¿I si no consiente?

—No creo tal diga.

—Mucho yo lo temo.

—No temas, Marcial.

—Mas ¿si esto sucede?

—Entonces me obliga

En cruel pesadumbre mi vida a acabar.

—¿I mas que a seguirme prefieres la muerte
I así me arrebatas la dicha mayor?

—Aquesta habrá sido sin duda la suerte
Que a nuestros amores deparara Dios.

En esto la tibia aurora
El horizonte encendia
I risueña difundia
Su espléndido rosicler.
Los amantes, obligados
Se vieron a separarse;
Pero no antes de jurarse
De nuevo constancia i fé.

RAFAEL SANTOS.

(Concluirá.)

El manuscrito de un loco.

LEYENDA.

(Continuacion.)

III.

A la siguiente noche fuí puntual a la cita.
I sin embargo que acudí temprano, mi hombre
estaba ébrio.

Solo i único parroquiano entónces, permanecia
taciturno delante de un vaso de aguardiente.

—Me acerqué i no me notó. Antes de tomar asien-
to le contemplé, por un momento, atentamente.

Algo de nobleza respiraban sus facciones re-
vestidas de un color rojo por el abuso del licor, i
sus ademanes delicados, confirmaban mis sos-
pechas.

Iba a oír una historia.

Me senté.

El infelz me miró sin saludarme, bebió un
trago i me dijo:

—Voi a contarte una historia.

Yo me acomodé lo mejor que pude para no
perder una sola palabra de la relacion de aquel
hombre.

«No es necesario que sepas mi nombre, princi-
pió, hoi nada vale, i sin embargo poco tiempo há,
fué respetado. Como la mayor parte de los hom-
bres, principié por hacer una locura, me casé....
i como la mayor parte de ellos, fuí desgraciado.
Yo siempre he tenido un consuelo, he pensado
que todo el que se casa recibe pronto la corona
del martirio i su premio allá en la eternidad. Mi
libro favorito ha sido siempre, la *fisiología del*
matrimonio de Balzac, i habia jurado morir sol-
tero. Empero un dia ví a una mujer i boté el li-
bro. Despues de algun tiempo, durante el cual
logré obtener el consentimiento de ella, me des-
posé. Pasé dos meses siendo el hombre mas di-
choso de todos los hombres i traté entónces de
embustero al autor de mi libro favorito. Luego
mis negocios, me hicieron abandonar la patria de
mi esposa i me obligaron a establecerme en esta
pequeña ciudad. Algo he ganado con este viaje...
Mil leguas me separan de mis suegros, eso ya es
ganancia! Desde el primer dia de mi llegada, fué

gradualmente desapareciendo mi felicidad, i Balzac me iba pareciendo ménos embustero. Por último, al fin de algun tiempo estuve conforme con el autor de mi libro favorito, i me dije: si ha existido un hombre que haya dicho la verdad, ese hombre probablemente ha sido Balzac. Mis negocios marchaban a las mil maravillas i todos me creían mui feliz. Mal piensa el que cree que en el oro está la felicidad! Frecuentemente encontraba a mi mujer con los ojos encarnados porque habia llorado o velado. Todo era un misterio para mí i ardía en horribles celos. Envidiaba la suerte del último amanuense de mi casa. Concebí sospechas que me desgarraban el corazón como el buitre de Prometeo. Pasé poco mas o ménos como un año con este martirio, durante cuyo tiempo me habia entregado al juego i habia perdido considerables cantidades. No me quedaba nada.... I para qué necesitaba del oro si con él no podía comprar mi tranquilidad? Una noche que me recojía de uno de los garitos que abundan en esta ciudad, i donde habia dejado hasta el último maravedí, encontré la puerta entreabierta del aposento de mi esposa. Me acerqué i como siempre la ví sentada en un sillón al lado de la estufa regando con sus lágrimas un objeto que tenia entre sus manos. La pasión de los celos me devoraba, toda la sangre se me habia subido a la cabeza, las sienes me palpitaban i todo veía de color rojo. Entré i le arrebaté de las manos un retrato! Un retrato mui parecido a tí.... ya lo verás.... Sin decirle una palabra me retiré a mi aposento, tomé una pistola, la cargué i la deposité sobre una mesa mientras escribía a mis acreedores, en seguida tomé una botella de ron de Jamaica i apuré su contenido.... Al siguiente dia, amanecí tendido cuan largo era en el suelo, recordé confusamente la escena de la noche anterior, i apuré otra botella. Así continué hasta que nos echaron de la casa i como el ron se me ha concluido, vengo a esta posada a beber aguardiente!

Este desgraciado me habia contado su historia sin mirarme una sola vez, i como quien habla consigo mismo.

—Hé aquí mi vida, siguió, ahora estoí contento i mucho mas cuando tengo que beber.... pero ella me dá.... Mira, sabes lo que hice una ocasión que me dijo que no tenia? La pegué.... buen remedio, desde entónces trabaja de dia i de noche para darme aguardiente....

I apurando el resto del vaso, añadió:

—Ya no tengo aguardiente, voi a pedirle.

Cuan digno de compasión era aquel infeliz!

—¿Quereis trabajar conmigo? le dije.

—Quiero beber, me respondió.

Su razon estaba trastornada.

Saqué de mi faltriquera una moneda de oro i se la ofrecí.

—No, me dijo, yo quiero aguardiente.

Dí orden a la posadera que pusiera a mi hombre el aguardiente que pidiese, dándole en adelanto el valor de un mes.

La relacion que habia oido me llenó de curiosidad i traté de saber donde vivia.

Quería conocer a la mujer que le habia puesto en tal estado,

No me fué necesario esperar mucho, a poco momento, despues de haber apurado otro vaso, se levantó i salió sin mirarme siquiera.

Le seguí. A poca distancia penetró en un cuarto bajo cuya puerta abrió de un fuerte puñetazo.

Ya sabia lo que necesitaba.

Me prometí volver a la siguiente noche i procurar por todos los medios posibles, hacer felices a esas dos tan desgraciadas criaturas.

IV.

La noche siguiente, fué tan lluviosa como la anterior i sin embargo no falté a mi promesa.

Mui poco sabia de ese matrimonio tan digno de compasión i necesitaba saber mas, saberlo todo.

No sé qué sentimientos me agitaban, me parecia que estas personas tenian algo que ver con mi porvenir.

Acaso era una locura!...

Pero el corazón me latía fuertemente al acercarme, mi respiracion era entrecortada i un sudor helado inundaba mi frente.

Nunca habia experimentado sensaciones semejantes.

Me acerqué con paso incierto a la puerta.

La luz pálida de una bujía de sebo, colocada sobre una carcomida mesa, alumbraba al miserable aposento, i permitia distinguir sus únicos muebles; una cama, un taburete i una cómoda de alerce. Reinaba un profundo silencio lijaramente interrumpido por el chisporroteo de la bujía.

I las sombras de los objetos al destacarse en la negruzca pared daba un aspecto siniestro a aquel cuadro.

Nada mas miserable que este aposento, donde sin embargo habitaba una mujer que habia nacido en la opulencia!

Cuántas veces esas desnudas murallas habrán sido testigos de su desesperacion!

Cuántas veces la habrán visto arrodillada en la húmeda tierra implorando al cielo!

Las ráfagas de viento conducian de vez en cuando torrentes de agua que se estrellaban contra las débiles murallas.

Una mujer, jóven al parecer, estaba sentada cerca de la mesa en el taburete.

Sus brazos desnudos hasta la mitad, estaban lívidos: la infeliz sentía frío porque no tenia lumbre.

Permanecía con la frente apoyada en una mano i al parecer entregada a sombríos pensamientos.

Sondearia acaso el abismo horroroso de su porvenir?

Su pelo rubio i húmedo por algunas gotas de lluvia, caía en naturales bucles a lo largo de sus mejillas pálidas i enflaquecidas. La luz no la alumbraba de frente, por consiguiente no podia distinguir sus facciones.

A poco tomó un lienzo i principió a coser. De vez en cuando se detenía para enjugar una lágrima.

Ah! esa lágrima me llegaba al corazón!

¿Habia algo de particular entre mí i esa mujer?

¿Por qué su llanto me conmovia hasta el estremo de llorar tambien?

Permanecía encorvada sobre la labor. Le era preciso trabajar dia i noche para dar aguardiente a su esposo, a quien ella habia reducido al estado en que se encontraba ese desgraciado.

No puede ser! Quién sabe!

Empero ella sufría su castigo, con la resignacion de la víctima.

Sus dedos entorpecidos por el frio, manejaban lentamente la aguja.

Pobre criatura, su madre ausente la creará feliz i dichosa!

I sin duda se acuerda de ella cuando a sus pupilas aparece el llanto.

Si al ménos pudiera verle el rostro!

Solo entrando... pero nó; ese hombre vendrá luego beodo como acostumbra, i mi encuentro puede tener fatales consecuencias.

Qué sospechas!... Dios eterno...

Si por acaso... nó; no puede ser...

Pero él me habló de un retrato que se me parecia...

Oh! es preciso que me desengañe... la ansiedad me ahoga!...

—Lucila! murmuré con trémula voz.

La jóven levantó la cabeza i dijo:

—Quién me llama?

Al punto conocí la voz argentina de Lucila.

—Es ella! grité entónces sin poderme contener i me precipité en el cuarto.

V.

Mi razon se estravía, no puedo continuar.

Recuerdos son estos, lector que envenenan el corazon.

Son recuerdos que desgarran sin piedad la herida recientemente cicatrizada.

Hufa de mi patria, dejando en ella mis recuerdos, i el destino no cansado aun de hacerme su juguete, me condujo al lugar donde esos recuerdos debian acabar con mi razon.

Sí, porque soi un loco.

Así me apellidan las personas que vienen a dejarme un miserable sustento en la prision donde me encuentro.

Soi un loco.

Ja! ja! ja!

Tambien el mundo es una vasta casa de orates!

Ja! ja! ja!

Si algun dia estos lijeros apuntes salen de mi prision, me juzgará el que los lea.

Pero existen tantos locos como yo!

Los doi por implicados.

Mi razon se estravía, no puedo continuar.

Lo intentaré otro dia.

VI.

Recuerdo que hablaba de mi encuentro con Lucila.

Con efecto, penetré en su aposento i caí de rodillas a sus piés.

—Lucila!

—Qué buscáis caballero?

No me conocia!

—Muy cambiado debo estar pues que no me conoces, Lucila.

Me miró el semblante con mas atencion i gritó espantada:

—Julian!... Mi Julian!...

—Oh! sí; tuyo, tuyo por siempre!!

Se cubrió el rostro con las manos i cayó desanimada en el taburete.

—Perdóname, la dije, el destino es quien me ha traído a tus piés i él tambien quien me ha dado a conocer la triste historia de tu esposo.

—Con qué es verdad que todo lo sabeis? me dijo con voz dolorosa.

—Todo, todo! respondí lúgubrememente.

—Ah! Julian, es imposible, vos no lo sabeis todo; porque no comprendereis la mitad de lo que padezco.

I dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Tambien yo padezco, Lucila, i mucho... sin esperanza alguna de alivio. Sé tu historia i te compadezco, escucha ahora la mia, seré breve. Yo amé un tiempo, Lucila, a un ángel encantador, lo amé con locura, era una especie de culto que rendia a la hermosura, fui correspondido de ella, nos hicimos mútuos juramentos, i hablamos del porvenir como si hubiera sido nuestro. Una ocasion fuí a su casa i le dije que me era necesario ausentarme por algun tiempo. Nuestras promesas i juramentos se renovaron con mas ardor i tuve la felicidad de oprimirla contra mi corazon i depositar entre los rizos de su sedoso pelo un beso de amor i de esperanza. Partí. Mi ausencia fué de un año. A mi regreso encontréla casada... Un año habia bastado para olvidarme...

Lucila intentó hablar, pero no pudo i prorrumpió en sollozos.

—Sí, un corto tiempo bastó para que mi tranquilidad i reposo desapareciera para siempre!

—Perdon, perdon Julian, exclamó por fin Lucila haciendo ademán de arrodillarse.

—I de qué debo perdonarte?

Se sentó a mi lado en el mismo taburete.

Sus mejillas antes rosadas i tersas como la hoja de una rosa, estaban pálidas i ahuecadas.

Sus hermosos ojos azules, sin brillo i velados por las lágrimas.

Cuánto, cuánto habia cambiado la pobre Lucila!

Hasta sus manecitas, antes suaves como la cabritilla de un guante, están ahora ásperas como las de una aldeana.

Un traje de jénero ordinario, oprimia sus formas enflaquecidas por la miseria i el trabajo.

Cuánto, cuánto habia cambiado la pobre Lucila!

—Mucho habeis padecido por mí, articuló por fin.

—Sí, Lucila; pero mayor es mi penar por verte en tan lamentable estado. Mucho he padecido, es cierto, pero en tu mano está dulcificar mi alma, volverle su tranquilidad....

—Qué decis caballero? Ignorais que soi casada?

Una mirada de compasion fué la única respuesta que dí a esa pobre mujer que a fuerza de sufrimientos se habia tornado egoista i desconfiada.

Conoció sin duda el desacierto de sus palabras porque añadió mudando de tono:

—I qué me proponeis Julian?

—Nada, por que nada debe proponerse a una mujer que no se pertenece.

—I bien.....

—Solo te suplico, te ruego, que me admitas parte de mi fortuna.

—Nunca!

—I por qué? Yo soi jóven, solo, i de nada necesito....Ademas Lucila, es el único medio para que la tranquilidad vuelva....

—Jamás....

—Ah! sois bien cruel! A mí que te he amado hasta el delirio i que no he podido ni jamás podré olvidar este desgraciado amor, me será insoportable verte sumerjida en una espantosa miseria, trabajando sin descanso para que tu marido se prostituya en las tabernas....Oh! me admitirás, no es

verdad? Oye, mañana parto lejos de aquí, no sé donde voi; pero quisiera ir contento....

—Es imposible, Julian...

—Desgraciada, i si mañana no tienes para que beba tu esposo?

—Se conformará....

—No hará eso; te levantará la mano ese infeliz como ya lo ha hecho otras veces.

—Ah!

I la pobre criatura en el colmo de su dolor prorrumpió en llanto.

—Con qué todo eso sabeis? me dijo despues.

—Sí Lucila, todo lo sé.

A este tiempo se hizo sentir un recio golpe en la puerta; era mi hombre que como siempre se recojio beodo. Lucila dió un grito de espanto. Yo me interpose entre ambos. El quedó inmóvil.

Pronunció algunas palabras ininteligibles i avanzó un paso.

—Qué haceis aquí? me dijo.

—Os buscaba a vos, le respondí.

Hubo un momento de silencio durante el cual aquel hombre miraba con ojos centellantes a Lucila.

Se acercó a ella i ocultó una mano bajo su blusa completamente mojada por la lluvia. Su ademán me pareció sospechoso i me preparé.

Pero me equivocaba, aquel hombre enteramente prostituido habia perdido su dignidad.

—Veamos para qué me quieres, añadió volviéndose a mí. Calla! no habia reparado, eres el mismo cuyo retrato tenia mi mujer....le habia dado la manía de llorar sobre él....Voto vá! si yo no sé a lo que vienes....sin duda a recobrar una prenda regalada en tiempos mas felices....es verdad?

La sangre se me subia a la cabeza i la cólera me ahogaba al escuchar semejantes razones.

I hubo momento en que intenté abalanzarme sobre él; pero la reflexion me detuvo.

Lo creia poseido de aquella enfermedad que se llama *delirio intremens*.

—No he venido a eso, le respondí, he venido a sacaros de la miseria. Soi rico i puedo daros dinero.

—Eso es otra cosa. En cuanto al retrato no tengo inconveniente en volverlo a entregar a Lucila....para....que siga llorando sobre él....pero tu me darás para beber.

Era aquello infernal.

Pobre Lucila, cuánto padecia! Con la cabeza inclinada sobre su pecho, ni lloraba aun.

—Yo quiero beber, nada mas....i si como me dices me das dinero....mira, hoi solo me he bebido un vaso....Ademas, puedes venir cuando quieras, mi mujer estará mas conforme con el orijinal que con la copia.

—Basta miserable! grité, no profanes con tu inmundada lengua a ese ánje! que has arrastrado por el fango de tus infames pasiones! Adios, Lucila, mañana tu suerte se mejorará, hasta mañana.

—Es decir que mañana me darás dinero para beber? Bueno, yo esta noche entregaré el retrato a Lucila....

Ella no movió un solo músculo de su semblante durante esta escena, parecia una estatua de pálido mármol.

Salí con la cabeza trastornada por lo que habia presenciado.

I con mi plan formado.

VII.

Miles de reflexiones me asaltaron durante esa noche de insomnio.

Al siguiente dia comuniqué mi plan al patron del parador, hombre de recto juicio, i mediante él no me fué difícil ponerme de acuerdo con el jefe de policia.

Al efecto, previas las formalidades de estilo, cedí una suma considerable de dinero, para que la autoridad asegurase una renta decente a Lucila.

Su esposo debia ser colocado en una casa de locos donde se haria lo posible para su curacion.

La realizacion de este plan, merced a mi actividad, quedó fijada para la noche de ese mismo dia.

—Mi alegría era grande.

Iba por fin a sacar de la miseria a esa infeliz.

En cuanto a mí, determinaba partir para otro lugar tan pronto como estuviera todo arreglado, dejando al patron del parador comisionado para que de cuando en cuando me diera noticias de Lucila.

VIII.

Llegó por fin la noche tan deseada.

Noche en que iba a hacer la felicidad de Lucila.

—Si su desgraciado esposo, pensaba yo, a fuerza de cuidados recobra su razon embotada por sus extravíos, i vuelve tranquilo al lado de Lucila, entónces con ella alguna vez se acordarán de mí; seré bastante bien recompensado.—Oh! es imposible que pueda olvidarla....Partiré mui lejos, me fastidiaré, me atolondraré i nada, nada podré conseguir....la escena que he presenciado no se borrará jamas de mi memoria, a semejanza de esas pesadillas de la niñez que nos dejan vagos pero imperecederos recuerdos....

Miéntas hacia estas reflexiones que se sucedian en mi mente con el mismo desarreglo que las traslado al papel, me dirijia, entrada ya la noche, a casa del jefe de alta policia.

El me esperaba con impaciencia i con la orden competente de la autoridad.

Nos embozamos en nuestras largas capas i echamos a andar seguidos de tres jendarmes disfrazados.

Nos dirijimos primeramente a la posada donde el esposo de Lucila acostumbraba beber su dosis cotidiana de aguardiente.

La posadera permanecía tranquila leyendo en su libro grasoso i desencuadernado.

Penetramos en el interior.

La pieza estaba desierta.

Mi hombre no habia llegado aun, i era la hora en que acostumbraba asistir.

No sé qué presentimiento me asaltó.

Presentimiento que comuniqué al jefe de policia.

—Calmaos, me dijo éste, no habrá tenido para aguardiente, i es por esto que no lo hemos encontrado.

—Pero entónces la habrá pegado, dije yo, recordando lo mismo que el infeliz me habia dicho ébrio.

—No temais.

—Pues entónces apurémos el paso.

I caminamos casi corriendo.

El corazon me latia i experimentaba cierto temor que no podia dominar.

La habitacion de Lucila distaba poco de la posada por lo que llegamos en corto momento.

La puerta estaba cerrada pero se percibia luz por las rendijas.

—Entrémos, dije con precipitacion.

—Seamos prudentes, me respondió mi compañero.

Atisbó un momento, en seguida dió órdenes secretas a los tres jendarmes que se habian colocado a cierta distancia, i me dijo:

—Ahora podemos entrar.

I empujó fuertemente la puerta que se abrió de par en par.

Todo en el miserable aposento permanecía como en la noche anterior, solo en Lucila, por el desarreglo de su traje, se conocia que antes de nuestra llegada habia tenido lugar alguna escena violenta.

La infeliz se sorprendió a nuestra repentina aparicion i procuró, aunque en vano, ocultar la desnudez de sus hombros i brazos.

No se atrevia a preguntar qué necesitábamos. Yo estaba embozado hasta los ojos.

—Os llamais Lucila? preguntó el jefe de policia.

—Sí señor.

—Sois casada?

—Sí, señor.

—Vuestro esposo?

—Ha salido.

—Vendrá hoi?

—Es probable.

—No sabeis la hora?

La infeliz estaba ajitada.

—I quién sois caballero? preguntó con voz insegura.

—El jefe de policia! I al mismo tiempo bajó el embozo de la capa i dejó ver su uniforme.

Lucila dió un grito i se inclinó desanimada. Yo me precipité a sostenerla en mis brazos; pero ella rechazándome suavemente, me dijo:

—Gracias caballero.

En seguida dirijiendo sus pupilas a mi rostro:

—Ah! Julian! Julian salvadme! gritó corriendo hácia a donde me habia retirado.

—Sí, Lucila! Ah! i qué cosa no haria por tí? I cubrí con mi capa la desnudez de su seno; nada tienes que temer, añadí, porque solo he venido a sacarte de la miseria.

La infeliz no respondió, lloraba a mares.

—Creia que las lágrimas se habian agotado. Julian, me dijo, pero ahora veo que nó, gracias, Dios mio! Cuánto se desahoga el pecho cuando se llora!.....

En seguida dirijiéndose al de policia:

—Deciais que buscabais a mi esposo, caballero? le dijo.

—Con efecto, señora?

—I con qué objeto?

—Leed esta orden....

—No hai necesidad, me apresuré a decir, interponiéndome entre ambos, e hice al mismo tiempo un signo de intelijencia al jefe de policia que guardó la orden.

Pero Lucila con aquella penetracion propia de las personas desgraciadas habia sospechado que sucedia alguna cosa terrible.

—No hai por que ocultarme nada, a todo esto resuelta, dijo con una serenidad que me dió miedo.

—Qué quieres decir, Lucila, crees acaso?...

—En fin, señor, cumplid las órdenes de vuestros superiores, estoi pronta a seguiros, en cuanto a mi esposo, dentro de breves instantes estará aquí

—Cálmate Lucila.

—Dejadme sosegada, caballero.

La presencia de ánimo de aquella mujer, en tales circunstancias, era extraordinaria.

—En hora buena, esperaremos a mi marido i nos conducireis juntos; no os ofrezco asiento porque como veis no los hai.

I se sentó en el único taburete reclinando sus espaldas en la tosca i húmeda muralla. La bujía se iba concluyendo.

Pronto íbamos a quedar a oscuras.

El jefe notó esta circunstancia i habló con uno de los tres jendarmes, quien volvió a poco con una encendida.

Lucila habia seguido con avidez los movimientos de mi compañero, despues ahogó un suspiro.

Se veia, apesar de su orgullo, obligada a aceptar esa limosna!

Limosna que ese hombre desconocido para ella, sin ceremonia alguna, se atrevia a hacerle!

—Gracias... dijo apenas, en seguida dirijiéndose a mí; siento una opresion al pecho, Julian, i conozco que no resistiré muchos dias a este nuevo golpe, vos que sois mi único amigo, no os apartareis de mí, no es verdad? Me acompañareis hasta donde me conduzca ese caballero, Julian....

—Al mismo infierno, Lucila, iré por tí! I devoraba con los ojos su rostro marchito i sin embargo bello.—Ah! grité, esas manchas!.....

A la luz de la nueva bujía acababa de ver su cuello i rostro cubiertos de manchas amoratadas.

—Es que me ha pegado hoi mi esposo, porque no tenia dinero para beber, me dijo con la humildad i resignacion de un ángel.

Aquella mujer era incomprensible.

IX.

—Mi presentimiento no habia sido infundado.

—I mi compasion por Lucila subió de todo punto.

—Es preciso poner término a tus padecimientos, tu naturaleza delicada no podrá resistir por mas tiempo el indigno trato que sufres.

—Ah! Julian, conozco que es un castigo de la providencia i me resigno a él!

—Nó; es que Dios ha querido someterte a una prueba demasiado terrible, es verdad.

—Mui terrible, Julian, porque no he tenido un momento de reposo... Mi existencia ha sido una série de desgracias i sinsabores; vos no los podreis comprender...

—Háblame con franqueza, Lucila, desahoga tu corazon en el de un amigo...

—Todo os lo diré...

El jefe de policia se retiró hácia la puerta dejándonos en completa libertad para hablar.

—Perdonadme, Julian, dijo ella ocultando su rostro contra mi pecho, perdonadme lo que os he hecho sufrir... todo lo he sabido; desde cuando volvisteis hasta el dia que desaparecisteis de N...; soi mui criminal i es justo que sufra mi castigo. Dudé de vos i a instancias de mi madre me desposé... Desde entónces no he tenido un momento de descanso, i de noche he tenido horribles pesadillas, os he visto desesperado algunas veces, suicidado otras i he despertado sobresaltada, mi

único consuelo ha sido contemplar vuestro retrato! Quedábame algunas veces trasportada, i se renovaban en mi cerebro caloroso, aquellos días felices de nuestro amor; pero esto duraba un instante i luego venia la realidad con toda su desesperacion. Mi esposo habia cambiado considerablemente para mí, i con frecuencia pasaban días enteros sin que me dirigiera una palabra...

Una ocasion...

Lucila, que habia hecho un poderosísimo esfuerzo para hablar, no pudo continuar porque las lágrimas i sollozos enmudecieron su lengua.

Yo sentia un enorme peso sobre el corazon.

No podia llorar. Ah! cuánto hubiera dado por haber podido mezclar mis lágrimas con las suyas!

Despues continuó un poco mas tranquila:

—Una noche llegó mi esposo, segun costumbre, mui tarde, yo estaba en mi lecho i aunque despierta aparenté dormir. Se metió en cama i a poco principió a hablar palabras que no pude comprender i terminó por quedarse profundamente dormido. Entónces abrí los ojos, me incorporé sin hacer el menor ruido i me puse a contemplarle... Una lamparilla de noche ardia en la alcoba.... Su frente estaba surcada de arrugas, su pelo habia principiado a encanecer, en poco tiempo habíase envejecido... debia ser presa de grandes sufrimientos; las lágrimas asomaron a mis ojos i con ellas humedecí su frente al darle un beso... tambien sufría como yo... Cuando iba a reclinar para intentar conciliar el sueño, principió a hablar. Ah! recuerdo perfectamente sus palabras!... animó su rostro con una espresion que me dió miedo i principió a gritar: ocho mil a vos! a vos veinte mil!... en seguida dió un grito que me hizo estremecer, i despertó.

—I bien, por qué has gritado? me dijo.

—Erais vos que soñabais, le respondí.

—Estaba soñando! repuso él mui sorprendido, pero qué decia, dime... i qué decia?

Yo me moria de miedo i no podia responderle.

—Con que no hablarás?

—Nada sé, tambien dormia.

—Mientes! me dijo; i cojiéndome de un brazo me arrojó del lecho... Profirió una maldicion i volvió a dormirse. Desde esa noche que pasé en vela, no me he atrevido a dirigirle una palabra porque me habria pegado.

lba a continuar cuando la voz del jefe de policia se hizo oír.

—Alto ahí caballero, daos preso!

—Habia llegado el esposo de Lucila.

MANUEL CONCHA.

Continuará.

El Mausoleo i la Gloria.

FÁBULA.

Ven, hija, a ver como doi
Fama eterna al que me compra,
Honores a los difuntos
I gloria que no se borra,
¿Conociste a don fulano?
De la tierra era la escoria,
Bajo, estúpido, cebarde,
Robador de vida i honra,
Pues bien! desde que en su tumba

Yo mui airoso me ponga,
Dirá el mundo : el que aquí yace
Fué varon de mucha gloria;
I sus parientes podrán
Decir, mui llena la boca,
Nuestra familia ya ocupa
Los anales de la historia.

La Gloria con esta harenga

De sus casillas sacada,

Replicale a *Mausoleo*:

No entiendes, hijo, a *la Fama*.

Ella no vive en los bronce,

Ni mármoles de Carrara,

Ni en empinadas columnas,

Ni ponderosas estatuas,

Sino en el nombre que dejan

Las prendas ricas del alma;

La caridad, la conciencia,

Virtud, en una palabra.

Así mas grande es aquel

Que yace bajo la alfalfa,

Con una cruz por divisa

De su tumba solitaria,

Que los muchos a quien tú

Con oropes engañas,

Con tus lindas inscripciones,

I virtudes escultadas;

I de quienes dice el mundo

Con la risa mas amarga

«En lugar de estar aquí

Debiera estar en la zanja.»

Sin embargo, le replica

Mausoleo, eso es nada:

Yo conozco mucho al hombre

I sé lo que llama fama.

Sé bien que a los relumbrones

I mentiras solo acata,

I que modestas virtudes

Ni reconoce ni ensalza.

Sin decir mas en el caso

Partieron; i no sé nada

Si tuvo razon *la Gloria*

O si la tuvo, i mui harta,

Mausoleo en la pintura

Que prestó a la raza humana.

M. BLANCO CUARTIN.

La penitencia de Maria de Joisel.

(Continuación.)

MEMORIAS DE UNA PECADORA.

Santa Pelajia, 4680

En medio del dolor i fastidio de la prision, quiero condenarme a escribir los errores de mi mala vida: es una confesion que me hago a mi misma, ahora que sé reconcentrarme en el pensamiento de mi salvacion. Repasando todos los caminos que tan loca i dulcemente me han estraviado encontraré mas fuerza para arrepentirme. Quizá no me lleva un buen objeto al escribir así mi vida; tal vez será por libertarme un poco de

los recuerdos que continuamente han atormentado mi corazón.

He nacido en Borgoña en el año 1651. Mi padre era teniente de la montería. Mi abuelo se había hecho célebre en la magistratura: fué consejero del rei Henrique IV, quien reconociendo sus servicios le concedió el pequeño condado de Joisel, que pasó a mi tío Rochedieu. Mi padre murió joven sin dejar una gran herencia. Había tenido de su matrimonio con Carlota Lesueur de Beau-préau dos hijos i una hija: la hija soi yo. De los dos hijos solo ha quedado uno, el otro murió de sacerdote. El que ha sobrevivido ha disipado, gracias a la debilidad de mi madre, la poca fortuna que heredó de mi padre. Sin embargo ha obtenido de la amistad i favor del señor de la Roche-Aimon, un rejimiento en Gascuña donde se ha casado. Mi madre sobrevivió pocos años a mi padre: sucumbió quizá por los pesares que le causó ese hijo rebelde i disipado.

Yo tenía once años cuando me sucedió esta desgracia. Me recojió una hermana de mi madre casada con el visconde de Montreuil. Esta era una mujer a la moda, bastante bonita aun, no faltándole ni gracia, ni talento. Había dado que hablar en su juventud, pero entrando en años principió a retirarse un poco del mundo.

Yo pasé toda una estacion con ella en su castillo de Montreuil. El visconde se encontraba en campaña bajo las órdenes del señor de Turenne. Como mi tia no tenía una gran fortuna, no podía pensar en buscarme una suerte brillante. La familia decidió pronto que se me pusiera en un convento. Yo estaba resignada a todo: había visto tantas veces llorar a mi madre que ya no me asustaban las lágrimas.

Luego que vino el invierno me condujeron a la abadía de Salaberge, cuya superiora era la señora Luisa de Cossé. Yo había entrevisto el mundo en casa de mi tia, sus inquietudes, sus fiestas, sus tormentos i sus placeres; desde que me encontré en la soledad del claustro el mundo reapareció de nuevo a mi vista con mas encantos aun sentí entónces caer sobre mí el frio glacial de la muerte, i mi alma joven, léjos de elevarse al cielo por el ruego volvía sin cesar al salon del castillo de Montreuil.

La abadía estaba poblada de niñas de alta familia que venian ahí a esperar con impaciencia, nó el momento de tomar el velo sino el dia del matrimonio. Había apénas tres o cuatro destinadas como yo a la vida claustral. El ejemplo no era pues favorable: oia siempre a esas bellas atolondradas confiarse sus brillantes proyectos. Una debía casarse con un primo que tenía un empleo en la corte: otra era mas feliz aun, porque hablaba

matrimonio sin hablar del marido: esta esperaba ser camarista de la reina: ¡aquella mas reconcentrada confiaba en secreto que ella pasaria su vida en el fondo de un bello castillo, léjos de la corte, como una verdadera castellana del buen tiempo. Yo me separaba triste i pensativa de todas estas jóvenes locas que la felicidad parecia esperar entre sus brazos. ¿Qué proyecto podia yo formar? solo tenía delante de mi vista una celda desierta donde debía encerrar mi corazón, mi amor i mis sueños.

Yo era la mas bella del convento. Mis compañeras no estaban, sin embargo, celosas de mí por que sabian que yo era pobre. Decian burlándose i con piedad: es una lástima que sea tan linda! pero ántes del tiempo señalado para tomar el velo, mi tia enviudó, i vino a buscarme para distraerse un poco. Como venia en su bello carruaje, esperímenté una especie de vanidad: mis compañeras, al decirme adios, admiraban con envidia el tren que venia a llevarme.—Sí, dijo una de ellas, (la señorita de Sombreuil, pero la veremos volver pronto con otro equipaje, sobre un asno, o en un carricoche.

Yo me alejé con esta palabra en el corazón. ¡Volver! me decia a mí misma: quién sabe si volveré?

Las primeras semanas de su viudez, no encontraba en casa de mi tia una compañía agradable, sin embargo me sentia vivir mil veces mejor que en el convento: respiraba con libertad, corria por el parque como una loca, sin saber porque; cojia ramos, me tejia coronas, en fin vivia de mi fantasía. Tenia un gran placer en ver el cielo, los árboles, los prados, las fuentes, i ¿diré? en verme a mí misma.

Cada vez que atravesaba por el salon, cada vez que me acercaba a la chimenea me miraba sin pensar en ello, i para mirarme mas largo tiempo acomodaba mis cabellos i despues los desordenaba para tener el tiempo de arreglarlos aun.

Mi tia me sorprendió al fin en este juego. «Pobre hija mia, me dijo: mucho temo que los hábitos del convento no te sean demasiado pesados, pero seria una lástima cortar estos cabellos.» Al decir esto, mi tia había deshecho mi peinado: se puso a desparramar mi larga cabellera con todo el amor de una madre. «Ah! repitió, que bien sentaria a esta cabellera tan negra un velo de novia!»

Mi tia no habló ya mas del convento, i yo me alejaba cada dia mas de él por el pensamiento: me acostumbraba con delicia a la loca libertad que tomaba con tanta indiferencia, i me dejaba llevar de tiempo en tiempo a las ideas alegres del matrimonio; confieso que el marido me parecia acce-

sorio, así el primero que se me presentase debía seducirme, no por él, sino por la libertad que me daría. En esas malditas i fatales ideas me encontraba, cuando el señor Gars de la Verrière, procurador de la ciudad de Meulan, vino a pasar algunos dias al castillo de mi tia. Además de la amistad que habia tenido con un tio, tenia con su viuda ciertos negocios que arreglar. Me pareció mui feo. «¡Dios mio! me decia, como se fastidiará una de todo corazon con un marido cómo éste!» Gars de la Verrière no era galante i no tenia nada de talento; se vestia mal i no reia jamas: en una palabra, era la perla de los maridos. Se dignó encontrarme a su gusto, i llevó su jenerosidad hasta pedirme en matrimonio. «¡Casarme con ese hombre! jamas!» exclamé; pero no debía escuchar a mi corazon: despues de algunas reflexiones volví a mi idea fija: el matrimonio. El procurador no era quizá tan sombrío como parecia por su aire, mi tia hablaba mucho de su fortuna, de sus carruajes, de sus campos. Yo me tenté, i dí el sí; sin embargo, el dia del matrimonio, deseaba volverme al convento.

Estuvimos mui bien durante tres mortales semanas; pero habiéndome llevado a Paris, donde esperaba no sé qué lugar de procurador, me encarceló en sus celos como en una cadena de hierro. Habitábamos una pequeña casa sombría de la calle de Mazarino: me condenaba a quedar clavada delante de la chimenea de mi cuarto. Me acuerdo que un dia se volvió furioso de cólera porque habia abierto la ventana: ¿qué mirais ahí, señora?—Veo como está el tiempo.—Mirais a los que pasan, señora!» Cerró la ventana con un grueso cerrojo.

Mi corazon no queria resignarse a esta manera de vivir; sin embargo tres años se pasaron así: tuve dos hijos para consuelo, pero a pesar de estos niños mi corazon buscaba como vengarse. No tardó largo tiempo sin que sucediese.

El procurador tenia un primo en el rejimiento de los dragones de Champagne, Felipe de Montbrun, que vino un dia a vernos sin que lo esperásemos i con gran disgusto del celoso. Era un lindo jóven, alegre, i llevaba perfectamente su cabeza i su espada.—No tardó largo tiempo en hacer mi conquista. Apénas me atrevo a confesarlo: en la primera hora nuestras miradas se encontraron sesenta veces; en la segunda fueron nuestras manos, en fin, la noche misma me robaba. ¡Ai! desde que se roban mujeres, jamas se habria visto una con mejor voluntad.

Como no nos fué posible encontrar un carruaje, nos decidimos a huirnos a caballo. Yo no habia montado jamas así es que me aferraba de Montbrun con delicia. Quería conducirme a

Corbeil a casa de un amigo suyo recientemente casado; pero apénas habiamos andado ocho leguas desde Paris, cuando nos sorprendió una tempestad espantosa. Fuimos a la primera posada que se nos presentó, es decir en el pequeño castillo de Bièvre. Nuestra entrada fué de la mas cómicas.

El dueño del castillo vino a nuestro encuentro, creyendo tener antiguos amigos a quienes recoger. No reconociéndonos i poco edificado sin duda a la vista de jente caminando con semejante tren, todos empapados de agua, i los cabellos desordenados, iba a cerrarnos su puerta cuando Montbrun le dijo con viveza: «no os ofendais, señor, si a causa de la tempestad tomamos vuestro castillo por una hostería, como don Quijote quien tomaba las hosterías por castillos.» El castellano viendo por estas palabras que hablaba con jente de espíritu se volvió mas hospitalario.

Comimos con él: como la juventud es mui confiada, le contamos nuestra aventura. Nos reimos mucho de la figura que hacia el procurador.

Este dia ¿lo diré? fué el mejor de toda mi vida: hoi que maldigo todas mis faltas, no puedo maldecir este bello dia! Ah! que dulces eran esos besos dados durante todo el viaje en medio de la lluvia i del viento! Hai ciertas noches de agitacion en que sobre este lecho de dolor aun creo sentir el galope del caballo, el brazo de Montbrun que me sostenia con tanto amor i su corazon que latia bajo mi mano.

Nuestro huesped se hizo tan encantador que permanecimos tres dias mas en su castillo en medio de todas las locuras del corazon. Lo que me admira hoi es que me dejase arrastrar tan pronto al abismo sin pesar, ni remordimientos. Estaba loca de amor, me sentia fascinada, deslumbrada. Montbrun era tan bello, tan galante i tan amoroso! Si fuera perdonable condenarse por alguno que valga la pena, yo seria perdonada.

El cuarto dia partimos para Corbeil: fuimos mui bien acogidos por los novios. El sacramento del matrimonio nos faltaba, pero el amigo de Montbrun no hacia alto en ello. Nos instaló lo mejor que pudo en su pequeña casa, aconsejándonos que hiciéramos modo de prepararnos un refugio seguro para el porvenir.

Ya un poco mas razonables, principiábamos a gustar en paz de las dulzuras de nuestro amor, cuando fuimos descubiertos i sorprendidos por el procurador. Quisimos huir aun, pero él puso para que nos persiguiesen media docena de hombres que nos tomaron en el camino hácia Melun. Montbrun quiso defenderse con su espada, pero fué preciso ceder a la fuerza.

Volvimos pues a Paris separados uno de otro. Yo fuí conducida derechamente a las Magdalenas.

Pasé allí un mes entero sin oír hablar nunca ni de mi marido, ni de mi amante. Felizmente habían en las Magdalenas algunas penitentes de buena familia que no habían perdido la costumbre de reír; la casa no era muy severa; se dejaba bastante libertad a las reclusas: por la mañana i la tarde las mas favorecidas se paseaban en el jardín. Yo habia obtenido el favor de pasearme, apesar de las recomendaciones del procurador. En el jardín nos divertiamos como niñas, corriendo tras las mariposas, i arrojándonos rosas. Apos- tabamos a cual hacia mayores locuras: se conclauí contando cada una su historia. Léjos de ocultar alguna cosa se exajeraba mas de lo que habia su- cedido. He oido allí las mas bellas mentiras amo- rosas. Así pues, en vez de hacer penitencia, se exitaba a perseverar en el mal: se burlaba del marido a quien llamaban tirano, i se llevaba el amante en el corazon.

(Continuará.)

A Don José Domingo Cortés

EN LA MUERTE DE SU SEÑORA MADRE

Da. **Manuela Campino de Cortés.**

Llora a torrentes tu enlutada vida:
Llora, sí, llora, amigo, sin consuelo,
Avara de virtud robóte el cielo
La sola prenda de tu amor cumplida.

¿Sabes tú lo que pierdes, cual la herida
Que lleva el corazon, el negro duelo,
El perpetuo llorar, el triste hielo
Que abrumarán tu suerte combatida?

Una madre! una madre! no te engañas
Al pensar que sin ella no hai ventura:
Una madre nos nutre en sus entrañas,

Una madre nos colma de ternura:
Con nada aquel amor celeste empañas,
Aún ingrato te vé en su sepultura.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Ada.

Linda mariposa
De ricos colores,
La vida entre flores
Haz gozado aquí:
Acaso medrosa
Estiendes las alas
Por no ajar tus galas
Puras, de alelí?

Vagando en el éter
De diáfana aurora,
¿Quién, di, no te adora
Con el corazon;

Ansiando seguirte,
En rápido vuelo,
Al último cielo
De idealización?....

Tal vez un recuerdo....
Que ya no destella,
Fué la única estrella
¡Aí! que te alumbró;
L jirando en tu órbita
Pertinaz tormento,
Ese pensamiento
Tu amor eclipsó.

¿Podrás, mariposa,
Bajo el sol ardiente,
Ser indiferente
Al goce, al amor;
Por mas que medites,
Con pensar profundo,
Lo que llaman mundo,
Valle del dolor?

¿Cuándo hai en tu alma
Resorte secreto
Al que está sujeto
Tu inmutable ser;
Como fuego al aire,
Cual luz al vacío,
Como al mar el rio
Dó se vá a perder?..

Adoraba, Ada,
Todo lo que es bello,
Del jenio el destello
Con ansia febril;
I en sus emociones
De poético brio,
Hallaba un vacío
Su amor juvenil.

Quizás adoraba
En vez de algun hombre,
Solamente el nombre
Puro e ideal;
I en esos instantes
Eran sus amores
Praderas de flores
Rios de cristal....

Mas pronto invadiendo
Un recuerdo su alma,
Tornaba a la calma,
A la realidad;
I solo encontraba
¡Aí! no esos amores,
Marchitadas flores,
¡Amarga verdad!

Acaso exclamaba:
“ ¡Oh! Dios amoroso,
“ ¿Por qué este horroroso
“ Tormento en que estoi?
“ Mi alma desea
“ Amar con delirio,
“ I palpo el martirio
“ Si a cumplirlo voi.

“ Contemplo el escarnio
“ Que el mundo prepara
“ A aquella que amara
“ Con cándida fé;
“ I siento entre tanto,
“ Aquí en la pendiente
“ Do habita esa jente,
“ Resbalar mi pié.

“ E imposible creo
“ Que yo misma evite,
“ ¡Aí! me precipite
“ En la sociedad;
“ Si pronto no acudes,

“ Criador divino,
“ A cambiar mi sino
“ De fatalidad.

“ Permite, Dios mio,
“ En la excelsa cumbre
“ Un rayo de lumbré
“ Vea de tu luz;
“ Sumida en tinieblas
“ Mi dicha se esconde,
“ ¿Adónde está, dónde,
“ Al pié de la cruz?

“ ¡Oh! duda implacable:
“ Inutil intento...
“ Vano pensamiento
“ La dicha inquirir;
“ Ansiando esa gloria
“ Que palpa la idea
“ Cuando ensueños crea,
“ Bello porvenir.»

Así, turbulenta
Duda, desengaños,
A los dieziocho años
Ada sufre ya.
Funesta le ha sido
Quizá su belleza;
Pero su pureza
Ajada no está.

Deseó en vano
Derramar veneno
En su puro seno
Falaz amador;
Pues ella arrogante,
De ese hombre a distancia,
Con noble constancia
Ostentó su honor.

¡Cobarde calumnia
Arrojó en la fosa
Infame, a una hermosa
Porque bella fué!...
Tal vez a tí, Ada,
De idéntico modo,
¡Te arroja en el lodo
I en tu honor no cree!

¡No cree! pues; al hombre,
Aunque nace bueno,
Le inyecta el veneno
La vil sociedad;
En medio de escenas
Lubricas, atroces:
¡Infernales goces,
Horrible maldad!

¡Oh! mundo mezquino,
Mundo miserable,
Ora despreciable
El poeta te vé,
Al alzar la frente.
Hallando tan solo
El mas negro dolo
De la mala fé!...

.....
¡A tí se te engaña
Pueblo infortunado,
Vives encorvado,
Te roban el pan;
Apóstoles falsos,
Con hachas mortuorias,
Dichas itusorias
Alumbrando van!

Así, todavía
Creerás, otros siglos,
En sombras, vestiglos,
Que son ilusion;
Hasta que triunfante
El sol, de esas nieblas,
Borrará tinieblas
La augusta razon.

¡Su gloria esplendente
Llenará la tierra,
Cesará la guerra,
Habrá libertad,
Entónces tan solo
Será el hombre humano,
Entónces hermano
Será, una deidad!

¡Dichoso por siempre
El que habite el mundo,
Emporio fecundo
En aquella edad;
Libre de tiranos,
Libre de sayones,
Libre de traiciones,
Libre de maldad!

Desplegando el jenio
Por etéreas salas
Poderosas alas,
Ideal saber,
Llevará hasta el trono
De ese Dios sublime,
¡Ese ser que jime,
La débil mujer!

¡Ai! ¿qué vale al ave
En jaula dorada
Verse regalada
Si está en la prision;
Para qué el espacio,
Las fuentes i flores,
Arboles, amores,
Ni esa creacion?

Si puede algun dia
Limar las cadenas,
Cesarán sus penas,
Tendrá libertad;

E irá plancentera
A libar del mundo
El goce fecundo,
¡Ai! sin tempestad.

Ahora, la esclava,
Un mueble es del hombre,
Aunque dore el nombre
Alucinacion...

El lecho de rosas
Tambien tiene espinas,
Son las asesinas
¡Ai! del corazon.

¡I ya no hai reflejos
Del sol en oriente,
Ni aurora esplendente,
Ni ocaso de paz;

Sino oscura noche,
I en lugar de estrellas
Cárdenas centellas,
O rayo voraz!

Horrible es la vida
Con esa cadena
De bárbara pena,
En la juventud;

Cuando alma de fuego
Al soñar amores,
Palpó sus dolores,
Miró su atahud.

El hombre un instante
Tal vez compadece
A la que fenece
Amando fiel....

Al ver su cadáver
Entre ese tumulto
Do todo es insulto
Desengaños, hiel.

¡Ai! luego no queda
De una tal historia
Sino la memoria
«Del torpe desliz;»

Que sirve de tema
A las reuniones,
En grandes salones
O choza infeliz....

LUIS ROMAN.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Aprobacion del proyecto de lei sobre responsabilidad civil.—Lo que importa el 1.º de noviembre.—Don José Antonio Torres en jaula.—Quien arranca escapa.—Honras a la memoria de don José Miguel Carrera.—Un banquete a la legacion de Roma.—El «Mosaico» es periódico literario i de costumbres.—Suscritores que se van i buen provecho.—La lei de responsabilidad civil es un duplicado.—Las viudas i la gratificación del Perú.—Un concierto de beneficencia que no ha beneficiado ni al lamparista.—Lo que es un folleto para el «Comercio» de Valparaiso.—Saludo al «Porvenir de Illapel» —En la puerta del horno se quema el pan.

Ya sabréis que la Cámara de Diputados en su sesion de ayer terminó la discusion de la lei sobre *responsabilidad civil*; pero lo que tal vez no sabeis, (porque es difícil saberlo,) es que la tal discusion no ha sido otra cosa, por parte de los diputados de la mayoría, que un verdadero barullo en que se han envuelto para naufragar i perderse las mas sanas ideas i los mas patrióticos esfuerzos.

Despues de los luminosos discursos que en la discusion jeneral de este proyecto hicieron oír los señores Lastarria, Concha, Marin i Vargas Fontecilla, difícil seria ciertamente decir una sola palabra mas de alguna fuerza, alegar alguna razon digna de tenerse presente, decir algo, en fin, que no fuese una repeticion de los sofismas que se han querido hacer valer como poderosos racionios para defender lo que lleva el sello de la reprobacion unánime del pueblo. Si no es así lo que decimos, las razones alegadas por el señor Ministro no se habrian perdido de la memoria de todos los que las escucharon, i las de los demas que siguieron su ejemplo no se citarian hoi, como sucede, para probar de que muchas veces es forzoso pasar por la pena de ser injustos, cuando se trata de ser siempre consecuentes.

Vergara, Rodriguez. Infante, despues de haber hablado, i algunos de ellos mas largo de lo que debieran, ¿qué han dicho, pues, que merezca tenerse en consideracion? Que uno asiente que la delacion está basada en los principios primordiales del derecho, i que sobre ella se han estatuido prescripciones en todos los códigos: que otro, charle enfáticamente de la diferencia que existe entre las revoluciones sociales i las políticas, i despues de charlar con aire semi liberal, semi servil, concluya con una baladronada: que otro i otro repitan vulgaridades que nada dicen, i sirven por el contrario para enmarañar mas i mas una discusion insostenible de parte de los apolojistas i autores de la lei, ¿qué quiere decir todo esto, preguntamos, con el fondo de la cosa, con la esencia del bien, que es lo que se quiere desentrañar, con el mal, que es lo que se debería rechazar por justicia i por decoro del cargo que se asume? Pero la Cámara no entiende de esto, pero la mayoría no se para en barras i sus propósitos deben llevarse adelante aunque sea atropellando el buen sentido i burlando los deseos de la jente sensata. La lei de responsabilidad civil ha sido pues aprobada en su discusion particular como se esperaba, i el país entero, semejante a aquellos cuyo paladar está estragado, ha sorbido hasta las heces el purgante sin hacer siquiera un solo jesto, ni enjuagarse la boca de la amargura con que se le ha regalado para estar bueno. Decimos este simil, porque el señor Vergara en medio de la discusion con el señor Concha habló *de la lei de los semejantes* homeopáticos con un aplomo que haria honor a Hanneman, aunque en verdad eso *de la lei de los semejantes* bien podria interpretarse por una lei que solo puede ser aprobada por hombres a su semejanza i en contra de todos los que no son sus semejantes. Perdonenos el señor Vergara este juego de palabras, así como la cámara le perdonó a él *ese campo de Agramante* con que se sirvió salir para dar sin duda un golpe mitológico a su contrario. Sin embargo, el señor don Eujenio no ha andado, si bien se mira, fuera de camino, pues *campo de Agramante* ha sido la cámara de Diputados según el ruido i embrollo i estruendo que se ha hecho i los tajos i reveses que se han dado para acuchillar el buen sentido, i hacer, en fin, tomar las de Villadiego a la justicia, amedrentada ya a fuerza de ultrajes i combates.

Si este *modismo* de que hemos hecho recuerdo le hubiese traído a la señoría de que hablamos, otros parecidos, lo habriamos celebrado estraor-

dinariamente, pues pudiera ser que el comentador del Código Bávaro hubiese tropezado con este refran Español: *allá lo verédes, dijo Agrajes*; refran que si lo hubiese tenido presente el Congreso, de seguro que habria

..... dejado para entonces

Toda la fama póstuma i los bronces.

Al decir *entonces*, queremos decir para otros tiempos mas bonancibles, aunque segun el señor Ministro no hai bonanza como la que pasamos, no hai calma chicha como la presente, no hai tasa de leche mas mansa i suave que la que paladeamos o en la que nos anegamos como una odalisca en sus ternas regaladas i voluptuosas.

Ahora que hablamos de esto, hacémonos un verdadero placer en reproducir un trozo del último discurso de su señoría. En él verán nuestros lectores no solo un rasgo oratorio sino un juicio compendioso de la situacion i el *porqué* que todos buscan de la felicidad en que rebosamos, i que nadie hasta ahora se hubiese atrevido a encontrarlo.

«En tal situacion (habla el señor Ministro de la situacion del gobierno, sin duda, pues la del pueblo no tiene que hacer nada con ella) lo que hai menester no es guerra sino paz: (eso ya lo sabemos) no se necesitan revoluciones sangrientas sino revoluciones pacíficas, revoluciones de ideas (precioso! que se revolucionen las ideas, con tal que lo demas quede donde está).

«Condenamos las espadas i los fusiles (por supuesto) ellos tan solo producen revoluciones de hechos i matan las ideas (esto es lo que se debe sentir mas, que siempre las ideas valen mas que el pellejo), las ideas que todo lo fecundan, (traslado a las que ha vertido la mayoría i debe tener el pais siempre presentes como una muestra), lo llaman todo a la vida, a la accion, (no se sabe cual será esta, accione hai de todas clases), al desenvolvimiento (esto si que es verdad, pues estamos desenvueltos hasta no querer mas); por que esas revoluciones están mui jéjos de ser una quimera sino una realidad, i una espléndida realidad. (Dios nos libre!)

«Acerca de la abdicacion del Jeneral O'Higgins, continuó, diré que no fué por un movimiento de la fuerza bruta (cumplimiento a los pelucones), sino una revolucion de ideas, una revolucion pacífica (es verdad, el Jeneral Freire venia con cuatro mil ideas con bala en boca).

«Nadie que conozca la organizacion política de Chile, podrá dejar de convenir: en que si un gobierno se separa de la órbita de sus deberes, el modo de hacerlo volver a ella, o que descienda del puesto, sea recurrir a motines o asonadas. (Segun esta doctrina Carlos X i Luis Felipe no hubieran visitado la Gran Bretaña, sino que se hubiesen estado tranquilos en su casa).

«Un gobierno no se sostiene en Chile ni en parte alguna donde el sistema representativo impera contra el voto de la opinion, (cierto! cierto! cierto! cierto!) Si no cae de súbito, vendrá desmoronándose poco a poco, pero al fin vendrá a tierra. (Esto si que no es cierto). Mas si para acelerar su caída se recurre a las asonadas, a los movimientos sediciosos, lo que se hará será consolidarlo i traer a su derredor a la parte de la nacion que no quiere la anarquía sino que la odia. (Esto si que es cierto, i sino diganlo los peluco-

nes que todos se han ido del otro lado). Por fin, la obra es de paz i no de fusil i espada. (Ojalá que así sea!)

Al copiar las palabras del señor Ministro, i agregar esos pequeños comentarios, no nos ha movido otro deseo que el de ver pintada como lo hemos dicho, la historia de nuestra situacion i por una mano que ha sabido dominarla. La pintura es perfecta; así no creemos que haya nadie que sea tan estúpido que no vea la fotografia del estado presente en el trozo dicho, i por la boca que no sabe mentir ni tiene para qué, con el fin de persuadir a la ilustrada i severa mayoría sobre que impera.

Hablando así, tememos, sin embargo, por nuestra franqueza: la verdad no es el mejor esquiife para navegar, no importa que sea la mar tranquila, i diga lo que diga el señor Ministro acerca de lo bonancible de sus olas i de lo suave de sus auras.

Tan natural es este temor, que no hai nadie que no se asuste al pensar, que para todos nuestros actos tenemos que mirar asustados alguna sombra, alguno de esos fantasmas que de tiempo atras nos abruman como aterradora pesadilla.

Con todo hai hombres que dicen que desde el 1.º de noviembre próximo, la libertad de la prensa saldrá de ataduras, i podrá hacer gala de sus fuerzas. Pobre! despues de haber estado tanto tiempo maniatada, no será extraño que aparezca tullida! Es verdad, sin embargo, que nosotros hasta ahora no hemos sido esclavos, ni hemos tenido reparo en arrebatar algun derecho a las manos que destinadas para tenernos en un puño, raras veces se han dejado arrebatar ni una migaja de lo que tienen agarrado.

Pero ¿por qué, ¿he dicho a todos mis amigos, vamos a tener una amplia libertad desde el 1.º del próximo i dichosísimo Noviembre? ¿Es acaso por qué las facultades extraordinarias, terminan con el crepúsculo de este día? Si es así, si todos nuestros derechos, desde ese momento van a volver a entrar en su vida normal ¿qué cosa es entonces lo que ha pedido el Ejecutivo a las Cámaras hasta el 30 de setiembre de 861?

Me han objetado a esto que al pedir S. E. este pedacito de poder omnímado ha sido solo para que no se le tenga a mal lo hecho i poder seguir haciéndolo, es decir, continuar en las medidas tomadas por él contra las personas.

Todo está mui bien, pero ¿no se podría, pregunto yo, bajo el pretexto de seguir tomando medidas, tomar algunas nuevas i hacer que estas aparezcan como una postdata de otras imaginadas i no llevadas tal vez a cabo? En este concepto ¿no sería natural tener algun recelo aun despues de ese primero de noviembre que se cita como la aurora del desencadenamiento de nuestras libertades? Lo que es por nosotros, ya lo hemos dicho, nada tememos, pues participamos de los derechos que tienen las pulgas para picar a veces sin ser pilladas, para hacer cosquillas, ya subiéndose como ellas, por ejemplo, en la nariz del Czar de Rusia, ya encajándonos en una oreja de los que no quieren oírnos ni han querido, lo que es imperdonable, escuchar la voz de la patria que debe haber golpeado ya muchas veces las murallas de su alma. ¡Oh, el derecho de los débiles cuanto darian por gozarlo los que se llaman fuertes! Un moscardon importuno, apesar

de que con un papirote habria quedado aplastado, bien pudo atormentar mil veces al tirano don Juan Manuel Rosas: un insecto cualquiera bien puede hacer morir de desesperacion a Napoleon III, i sin embargo no quedar sujeto ni a facultades extraordinarias, ni a responsabilidad civil, ni otras leyes que bien pueden llamarse *a la guillotina*, así como se llama hoi a los cuellos con que nos degollamos para ser leones.

Lo que hai, sin embargo, sério en nuestro caso es esto: si el Ejecutivo solo puede continuar en las medidas tomadas ya contra las personas, nosotros que no somos *persona* sino *duende*, i sobre quienes ninguna medida se ha tomado hasta ahora, es claro que estaremos libres de todo ataque, i por lo tanto en posesion de decir la verdad con toda la entereza que nos importa i es compatible con nuestro carácter. Sí, la diremos si Dios lo quiere i el mes de noviembre cumple con lo que a su nombre nos ha prometido el célebre Abenecif en sus constelaciones.

Però sea lo que sea, ¡venga el dicho como viniere, aquí estamos en nuestro puesto como está en su poste la mayoría del Congreso, incluso sus presidentes para que todo sea completo.

Se corre que don José Antonio Torres, redactor del *Mercurio* i autor de los *Oradores chilenos*, ha caído en estos días bajo las alas maternas de la policía i de una manera mui curiosa, según nos lo refieren los testigos de su clausura. El caso, por lo que nos dicen, fué que hallándose Torres mirando hacer el ejercicio al cuerpo de bomberos de Valparaíso en la plaza de la Victoria, un oficial de los empleados en la policía, tuvo la amabilidad de acercarse a él, i golpeándole en el hombro, decirle: ¿no gustaría Ud., señor mio ver mejor esta maniobra desde aquel sitio?—Con mucho gusto.—Aceptado el convite, dirijéronse ambos al lugar indicado, i en ménos que canta un gallo, quedó nuestro amigo encerrado en un calabozo, sin duda para meditar sobre el estudio fisiológico de esa autoridad, a quien Fonché ha constituido ya en una de las primeras fuerzas de los gobiernos impopulares i recelosos.

Si a nosotros nos tocase un oficial tan amable, de seguro que no haríamos uso de su ofrecimiento, pues hai amabilidades i dones que cuestan mas caro todavía que lo que solemos llamar a veces, mala voluntad i grosería.

Tengan, pues, presente este pasajito los que andan mirando el ejercicio de las bombas; que nosotros protestamos no volver a ver el de la Cámara joven de nuestro Congreso. *Quien arranca escapa*, dice nuestro refrán popular: arrancad, lectores, si es que teneis la suerte de dar con oficiales tan amables como los de nuestra policía de seguridad.

En esta semana entrante, serán las exequias del finado don José Miguel Carrera i Fontecilla. Jamás tanto acopio de lágrimas habrá recibido la casa del Señor que las que se verterán en ese día: el llanto inunda hoi el corazón de los buenos; i aun así no se tiene la jenerosidad de estancarlo, i aun así se dice que la opinion está contenta!

Entre los suspiros subirán al cielo nuestras esperanzas, embebecidas en el aroma del templo; nuestras almas allí se confundirán para pedir a

Dios por la república, para demandar el alivio de sus hijos, la conservacion de sus libertades, i la gloria celeste de los que se han apellidado sus defensores.

Se corre mui seriamente que ántes de partir la legacion a Roma para su destino, habrá un banquete en honor de ella. Buen pensamiento! que el vino alegre con su chispa la cabeza amortiguada con el peso de tanta *responsabilidad*: que la algazara del convite i la charla aguda i lijera de los brindis atruene los salones en que se espacia la prosperidad, en que se dilata el orgullo, en que se ensancha el amor propio sin cuidarse que hai corazones heridos de muerte, que hai dolores que no tienen cura, i esperanzas que no han de reverdecer jamas por tener la suerte de aquellas yerbas que las herraduras del caballo de Atila secaba para siempre.

Estando escribiendo esta especie de imprecacion declamatoria, uno ha entrado diciéndonos que se corre tambien que el *Mosaico* va a ser amonestado por traspasar los límites de su mision, por salirse de la esfera de periódico *literario i de costumbres*. Si esto es verdadero, será una de las muchas arbitrariedades de *costumbres*, pues si el *Mosaico* habla de *facultades extraordinarias* i *responsabilidad civil*, i otras mil carlancas de esta especie, es porque todas estas se han hecho ya una *costumbre*, un modo de ser normal, un uso sancionado, una moda robustecida cada dia mas por la autoridad de la jente de tono. ¿Qué tiene, pues, de extraño hablar de estas *costumbres*? ¿O no se nos permite tratar sino de las que tienen los hombre que están debajo?

Eso no puede ser ¿no es cierto? Luego ¿a qué venir con esas acusaciones infundadas, con esas tonterías que acreditan, si algo son capaces de acreditar, que vivimos en un tiempo en que mejor seria morir ántes que pasar por la vergüenza de ser víctimas de tanta miseria?

Estas falsas ideas han sido, sin duda ninguna, las que han motivado que algunos de nuestros suscriptores del primer trimestre se hayan desuscrito. Sí, no hai mas: el temor de aparecer en la lista de nuestros lectores, el miedo de que el gobierno crea que son amigos de leer lo que no le gusta, es lo que los ha obligado a retirarse. Pero buen provecho, timoratos i mal entendidos palaciegos; que lo que es por nosotros nada nos importa vuestro abandono, pues el número de los amigos acrece cada dia apesar del remordimiento que nos causa leer pagando o pagar por leer aun lo que mas nos entretiene.

Ya sabreis que las Cortes han condenado a don Pedro Leon Gallo a pagar setenta i un mil pesos a causa de la revolucion de Copiapó amen de las otras socaliñas del caso.

Ahora pues, si aun ántes de ser lei de la República el proyecto sobre *responsabilidad civil* no hai nadie que no pague, i con costas los perjuicios provenidos por su causa ¿para qué se ha empeñado tanto el señor Ministro en formular el dicho proyecto? ¿No es esto una albarda sobre albarda como dice el adajio?

Però ya, lo que abunda no daña, dice tambien el refrán, i dice bien, pues siempre es mejor

quedarse con carta de mas (a escepcion del juego del carga burro) que no con carta de ménos como creen los que gustan de la legalidad en todos los juegos.

Hablando de esto en una tertulia, una señora que no tiene un pelo de tonta me hizo presente que ya que el gobierno queria recargar nuestra copiosa jurisprudencia con detalladas prescripciones para ampliar mejor todos los casos en que puede hollarse la justicia, seria de desear que asimismo procediera a mandar seriamente que el dinero correspondiente a las viudas de los militares que hicieron la campaña del Perú, se les entregue de una vez i no se las tenga por mas tiempo en una situacion, como dice el *Ferrocarril*, imposible.

Esto bien meditado merece atenderse, pues debe saber el gobierno que no hai enemigo peor que la mujer, i mucho mas si es viuda i está pobre, como le sucede a los nueve décimos de esta fraccion interesante de nuestra especie. Con este propósito, le pedimos que recuerde lo que le decia madama de Maintenon a Luis XIV: señor, habeis gobernado sesenta años querido del pueblo, habeis gozado sin ver jamas una sombra en el cielo: i si me preguntais porque ha sido tanta ventura, os diré que es porque estais bien con las viudas i teneis a la cabeza del estado a una de ellas.

Atiéndalo pues bien: páguete a las viudas que con esto evitará una asonada que suene: compádzcase de la horfandad, que así al ménos habrá alguno que no crea en la viudez de la patria, en que nosotros creemos los primeros.

A propósito de viudas ¿estuvisteis en el concierto dado por la señora Pereyra? Yo estuve, i te diré que por poco no estuve, pues, desorientado con el nuevo nombre de la beneficiada, casi me quedé en casa, privándome, como hubiera sucedido, de un buen rato i del cumplimento como chileno de una deuda para con la esposa de uno de nuestros beneméritos compatriotas.

El concierto fué bueno; pero lo mejor que hubo fué que una misma corona fué el premio de todos los concertistas. Para que entendais esto, os diré como dicen que pasó el caso. Cuentan pues, que una vez arrojada la corona al procenio, un chiquillo la llevaba a la galería, desde donde volvia a ser lanzada a cada aficionado. Despues de este viaje incesante, concluyó la infeliz por ser colocada por la misma beneficiada sin beneficio, en las sienes del señor Desjardins, quien abrumado de tanto peso se desprendió de ella con el mismo horror que le hubiera causado deshacerse de una culebra.

Sin embargo de esto, la señora Pereira cantó bien. Desjardin Subicuenta, Galarce hicieron lo posible por complacer al público, el cual en su mayor parte se componia de las banquetas de la platea, i era por consiguiente de palo para el tesoro de aquellas armonías.

Por fin, el beneficio no ha beneficiado a nadie: aficionados, músicos, lamparistas etc. etc. etc. todos trabajaron gratis, todos hicieron cuanto estaba en sus manos para obsequiar a la beneficiada, probando así con esta jenerosidad que es fuerza no ser tan jeneroso cuando se trata de exigir un beneficio del público.

El Comercio de Valparaíso nos anuncia que co-

rre un folleto publicado por don Isidoro Errázuris en Mendoza con motivo de la prohibicion de escribir hecha por Alvear a los Emigrados chilenos. Lo que sí nos ha sorprendido es que sin leerlo, como lo asegura, entre a juzgarlo i con un aplomo que honraria al mas concienzudo de los políticos. Como aun no lo conocemos sino por el juicio del Comercio, suspendemos el nuestro para dároslo tan pronto como hayamos tenido el placer de meditarlo.

Hemos tenido el gusto de leer el último número del *Porvenir de Illapel*, i decimos gusto propiamente porque a cualquiera se lo produciria la graciosa i sentida epístola en verso que nos dirige. En el número próximo la verás como así mismo nuestra respuesta.

El *Porvenir de Illapel* lectores, es nuestro amigo, en la Serena contamos con algunos otros: el Norte, en fin, simpatiza con nuestros deseos i abriga nuestras mismas esperanzas. ¡Qué triste es no poder decir otro tanto del Sur! Pero qué han de querer ni desear, ni esperar ni prometer, ni sentir Chillan i Concepcion etc., etc., despues de haberse visto como se ven. Oh! nó, la humedad del mediodia llega al alma: en Concepcion sale moho hasta en las botas, i con esto basta i con esto se esplica aquella preferencia que da Anjel Saavedra a los climas ardientes, diciendo «que no puede haber libertad, en donde se suda i pican las pulgas.» Con todo, si el autor del Moro expósito tuviese razon, nosotros que estamos sudando como el Salvador en el huerto de los Olivos, tendríamos hace tiempo una libertad todavía mas amplia que la de los Estados-Unidos i nuestras quejas no serian sino cantos de bienestar i de esperanza.

Sudamos, nadie lo duda: que las pulgas nos pican tampoco hai quien lo niegue ¿luego en qué consistirá que el vaticinio del poeta Andalúz no se cumpla? ¿Si será tal vez porque sudamos de miedo i las pulgas nos pican demasiado? Contéstelo el pueblo i repliquen los poderes públicos que son los que tienen voto en la materia.

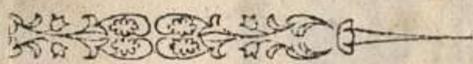
Ah! se me olvidaba decirte que tengo miedo; lo que estrañaréis haya guardado para lo último; pero no me pesa, pues así se os gravará mas en la memoria la causa de mis temores.

Habeis de saber, pues, que temo porque he llegado a soñar estas noches que antes de concluirse Octubre, nos van a dar un sustazo del que no hemos de volver tan fácilmente.

Lo que tenga de fundamento este temor; allá lo veréis, que para eso Dios ha dotado al ser colectivo que llamamos humanidad de ese buen sentido inapelable, de esa razon, cuyos fallos no pueden ménos que ser los de la justicia. Si el caso es como mi sueño, desgraciados de nosotros, i mas desgraciado todavía del pueblo a quien puede aplicarse tambien este aforismo en *la puerta del horno se quema el pan*. Si no es así, si por el contrario mis pesadillas son signos de próxima ventura, entónces ya es otra cosa, entónces ya podreis decir que somos felices, que ya hemos escapado, que ya hemos conseguido lo que nadie esperaba, i por último, que teneis razon para creer que el Duende ya no puede morir, ni ser coartado, como ha sucedido basta hoi, en sus loables aspiraciones.

EL DUENDE.

Licritores al Mosaico.



Amor de Prado, Da. Do3 ej.*
 Aldunate, don José San
 Aróstegui, don Antonioterio.
 Aldunate, don Agustin.
 Arrieta, don José. ntonio.
 Aristia, don Mariano.
 Agresti, don Pedro. l.
 Astaburuaga, don FranMaria.
 Aranguez, don Ricardoago.
 Armijo, don Pascual.
 Allende, don Eulojio.
 Avaria, don Zenobio.
 Altamirano, don Eulojio.
 Amunátegui, don Grego.
 Amunátegui, don Migu.
 Avenaño, don Pascualn.
 Amaral, don Bruno. A..
 Avaria, don Martin.
 Araos, don Onofre. ies.
 Armstrons, don Tomasuel.
 Bello, don Andres. torino.
 Blanco Encalada, don Ma
 Búlnes, don Manuel. ando.
 Beza, don José. o.
 Blest Gana, don Alberto
 Blest Gana, don Joaquir
 Barra, don Eduardo de l
 Briseño, don Ramon.
 Baeza, don Francisco. icie.
 Barceló, don José María.
 Beelen, don Federico.
 Barros, don Miguel. José.
 Borgoño, don Victor.
 Blas Roldan, don José. reedes.
 Brieba, don Modesto.
 Bustamante, don Manuel
 Basaure, don Felipe. on Fd.º
 Briseño, don J. del Cármo.
 Bisquet, don Tiburcio.
 Benavente, don Pedro. o.
 Balacé, don José
 Bustamante, don José F.
 Cobarrubias, don Alvaro
 Correa i Toro, don Rafae
 Cerda, don Ramon

Solar, don Fermin.
 Salas, don Domingo.
 Salazar, don Juan de Dios.
 Solar, don Domingo.
 Subercaseaux, don Francisco.
 Soto, don José.
 Sepúlveda, don Benjamin.
 Solar, don Felix.
 Silva, don Jacinto.
 Sanchez, don Francisco. .
 Salas, don Pedro José.
 Santivañez, don José M.
 Tocornal, don Manuel Ant.
 Tocornal, don Tomas.
 Trujillo, dan José Antonio.
 Tagle, don Diego Antonio.
 Toro, don Ramon.
 Troncoso, don José del Cármo.
 Undurraga S., don Ramon.
 Urmeneta, don José Tomas.
 Urrutia, don José Miguel 2.º
 Undurraga, don Rafael.
 Urcullo, don Fernando.
 Varas, Sta. doña Cármen.
 Viel, don Benjamin.
 Valenzuela, don José Santos.
 Valdivieso, don Estanislao.
 Valdivieso, don José Manuel.
 Vazquez, don José Miguel.
 Velazquez, don Santiago.
 Vidal, don Pedro.
 Veillon, don Emilio.
 Villalon, don Pedro.
 Vial, don Zerjio.
 Valdes, don Luis.
 Vergara, don Bartolo.
 Villarroel, don Rafael.
 Villarroel, don Manuel.
 Vicuña Prado, don Francisco.
 Velazquez, don José Luis.
 Villalon, don Manuel.
 Valenzuela, don José Luis.
 Valenzuela i Azocar, don E.
 Vera, don Robustiano.

Ovalle.

Campino, don Javier.
 Pizarro, don José Maria.
 Silva, don Ramon.
 Zevallo, don Patricio.

Serena.

Argandoña, don Pablo.
 Alfonso, don Agustin.
 Cortez, don Juan.
 Comella, don José Felix.
 Cortés C., don Ramon.
 Concha, don Manuel.
 Danigrande, don José O.
 Gomez Solar, don Pacomio.
 Guerra, don Juan Estevan
 Magallanes, don Valentin.
 Munizaga, don Policarpo.
 Santender, don Valentin.
 Vicuña Solar, don Benjamin.
 Vicuña, don Urbano.
 Vicuña, don Joaquin.

Copiapó.

Corbalan, don Manuel A.
 Cortes, don Manuel.
 Cádiz, don Pedro.
 Diaz, don Julian.
 Echeverria, don Francisco.
 Gonzalez, don Manuel A.
 Martinos, don David.
 Perez, don Santiago.
 Rojas, don Manuel.
 Soto, don Apolinario.
 Tapia, don Manuel.

Rancagua.

Navia, don José Manuel.

Parral.

Villagran, don Bernardo J.

Talca.

Castro, don Adolfo.
 Castro, don José Gregorio.
 Diaz, don Domingo.

Lista de Suscritores al MOSAICO.

- Amor de Prado, Da. Dolores. Gallo, don Antonio a 3 ej.
Aldunate, don José Santiago. Gandarillas, don Luis.
Aróstegui, don Antonio M. Goyenechea, don Emeterio.
Aldunate, don Agustin. Gonzalez, don Marcial.
Arrieta, don José. Gonzalez, don Juan Antonio.
Aristia, don Mariano. Gabler, don Federico.
Agresti, don Pedro. Grez, don Juan Miguel.
Astaburuaga, don Francisco. Güemes, don Miguel Maria.
Aranguéz, don Ricardo. Candarillas, don Santiago.
Armijo, don Pascual. Gana i Cruz, don R.
Allende, don Euliojio. Gaitan, don Antonio.
Avaria, don Zenobio. Garin, don Francisco.
Altamirano, don Euliojio. Guzman, don Federico.
Amunátegui, don Gregorio V. Gonzales, don Ricardo.
Amunátegui, don Miguel L. Gonzalez, don Daniel.
Avenidaño, don Pascual. Gaona Iniguez, Quintin.
Amaral, don Bruno. Hurtado, don Manuel A..
Avaria, don Martin. Huneus, don Jorje 2.º
Araos, don Onofre. Irizarri, don Hermójenes.
Armstrongs, don Tomas R. Iniguez, don José Miguel.
Bello, don Andres. Lastarria, don José Victorino.
Blanco Encalada, don Manuel. Lazo, don Joaquin.
Bulnes, don Manuel. Leventhal, don Sejismundo.
Beza, don José. Leigton, don Francisco.
Blest Gana, don Alberto. Lira, don Bernardo.
Blest Gana, don Joaquin. Lopez, don Vitalicio.
Barra, don Eduardo de la Larrain, don Vicente.
Briseño, don Ramon. Labra, don Aniceto.
Bacza, don Francisco. Larrain, don José Ignacia.
Barceló, don José Maria. Lemus, don Santiago.
Beelen, don Federico. Labarca, don Paulino.
Barros, don Miguel. Luyo i Ovalle, don J. José.
Borgoño, don Victor. Llona, don Fernando.
Blas Roldan, don José. Martín del Solar, D.ª Mercedes.
Brieba, don Modesto. Marin, don Francisco.
Bustamante, don Manuel. Munita, don Domingo.
Basaure, don Felipe. Marquez de la Plata, don Fd.º
Briseño, don J. del Carmen. Mackenna, don Guillermo.
Bisquet, don Tiburcio. Marillo, don Zenon.
Benavente, don Pedro. Meneses, don Francisco.
Balacé, don José. Moreno, don Domingo.
Bustamante, don José F. Maluenda, don Bartolo.
Cobarrubias, don Alvaro. Martino, don José J.
Correa i Toro, don Rafael. Mansor, don Antonio.
Gerda, don Ramon. Montt, don Rafael.
Claro, don Gumesindo. Morel, don Ramon.
Claro, don José Luis. Midleton, don Elias.
Claro, don Lorenzo. Marcoleta, don Enrique.
Courcelle Seneuil, don J. G. Molina Smith, don José.
Calderon, don José. Maluenda, don Tomas.
Cárdenas, don Antonio. Merino, don J. Manuel.
Calvo, don Mariano. Navarrete, don Ramon.
Campusano, don David. Nuñez, don Ramon.
Castellon, don Carlos. Ortúzar, don Santiago.
Carmona, don Antonio Maria. Ovalle, don Manuel.
Campillo, don Benjamin. Ossa, don Francisco Ignacio.
Cútierrez, don José. Ossa, don Juan C.
Castro, don Victor. Ossa, don Gregorio.
Calderon, don Baldomero. Ortiz, don Márcos.
Chabou. Mr. Olea, don Pedro.
Castro, don José Gregorio. Olavarria, don Daniel.
Concha i Toro, don Melchor. Olavarrieta, don J. Miguel.
Cuadra, don Pedro L. Ortiz, don José Luis.
Codoni, don Victorino. Otaiza, don Eliseo.
Donoso, doña Ascencion. Ovalle, don Francisco.
Diaz, don Wencelao. Perez, don José Joaquin.
Deputron, don Enrique. Pizarro, don José Manuel.
Diaz, don Manuel Joaquin. Pantoja, don Juan.
Diaz, don Pascual. Peña, don Manuel Antonio.
Deputron, don Guillermo. Prieto, don Agustin 2.º
Dávila, don Gelacio. Popert, don Clemente.
Diaz, don Crisólogo. Puelma, don Francisco.
Dumirail, don Alfredo. Perez, don Tomas.
Dancaster, don Miguel. Pizarro, don Baldomero.
Diaz, don Clemente. Puelma, don Domingo.
Dominguez, don Ramon. Polhammer, don Santiago.
Diaz, don Manuel. Rodriguez Peña, don Dem.
Errázuriz, don Ramon. Ramirez, don Daniel.
Errázuriz, don Javier. Reyes, don Francisco Javier.
Errázuriz, don Federico. Risso, don Juan.
Espejo, don J. Nepomuceno. Rodriguez, don José M.
Echeverria, don Ramon. Reyes, don Bautista.
Espinosa, don J. Agustin 2.º. Rojas, don Marcelino.
Empresarios del Casino a 2.º. Rodriguez, don Fermin.
Estudillo, don Buenaventura. Rodriguez Velazco don Luis.
Escala, don Erasmo. Rios Egaña, don Rafael.
Figueroa, don Manuel Maria. Reyes, don Blas.
Flores, don Florencio. Reyes, don Vicente.
Freire, don Francisco. Robles Dias, don Zenon.
Faez, don José Miguel. Sanfuentes, don Vicente.
Fuente, don Ramon de la Santa-Maria, don José de
Fredes, don Nicolas. Solar, don Bernardo.
Fierro, don Moises del. Solar, don Ruperto.
- Solar, don Fermin.
Salas, don Domingo.
Salazar, don Juan de Dios.
Solar, don Domingo.
Subercaseaux, don Francisco.
Soto, don José.
Sepúlveda, don Benjamin.
Solar, don Felix.
Silva, don Jacinto.
Sanchez, don Francisco.
Salas, don Pedro José.
Santivañez, don José M.
Tocornal, don Manuel Ant.
Tocornal, don Tomas.
Trujillo, don José Antonio.
Tagle, don Diego Antonio.
Toro, don Ramon.
Troncoso, don José del Carm.
Undurraga S., don Ramon.
Urmeneta, don José Tomas.
Urrutia, don José Miguel 2.º
Undurraga, don Rafael.
Urcullo, don Fernando.
Varas, Sta. doña Carmen.
Viel, don Benjamin.
Valenzuela, don José Santos.
Valdivieso, don Estanislao.
Valdivieso, don José Manuel.
Vazquez, don José Miguel.
Velazquez, don Santiago.
Vidal, don Pedro.
Veillon, don Emilio.
Villalon, don Pedro.
Vial, don Zerjio.
Valdes, don Luis.
Vergara, don Bartolo.
Villarroel, don Rafael.
Villarroel, don Manuel.
Vicuña Prado, don Francisco.
Velazquez, don José Luis.
Villalon, don Manuel.
Valenzuela, don José Luis.
Valenzuela i Azocar, don E.
Vera, don Robustiano.
Velazco Montt, don José.
Vicuña, don Ramiro.
Villarruel, don Pedro.
Zegers, don Manuel.
Zegers, don Julio.
Walker, don Carlos.
Wolman, don Rafael.
- Valparaiso.*
Chacon, don Jacinto,
Carson, don A.
Escobar, don Enrique.
Moller, don Adolfo,
Pereira, don Domingo.
Reyes, don José R.
Rosales, don Enrique.
Solar Reyes, don Márcos.
Serna, don José Maria.
Thayers, don Guillermo.
Villagran, don José A.
Willshair, don Enrique N.
- San Felipe.*
Allendes, don Robustiano.
Arce, don Jerónimo.
Belmudes, don José Santos.
Caldera, don Francisco.
Calderon, don Pedro.
Camus Serrano, don Máximo.
Caldera, don Benigno.
Figueroa, don José Manuel.
García, don David.
Guzman, don Miguel.
Humeres, don Benjamin.
Jimenez, don José.
Lara, don Manuel.
Morandé, don Vicencio.
Polanco, don Tomas.
Spinola, don Anacleto.
- Andes.*
Canto, don José R.
Erazo, don Crisóstomo.
Molina, don Rafael.
Camus, don Buenaventura.
- Illapel.*
Solar, don Manuel Antonio.
Izquierdo, don Borjas.
Villarruel, don Pedro.
- Ovalle.*
Gampino, don Javier.
Pizarro, don José Maria.
Silva, don Ramon.
Zevallo, don Patricio.
- Serena.*
Argandoña, don Pablo.
Alfonso, don Agustin.
Cortez, don Juan.
Comella, don José Felix.
Cortés C., don Ramon.
Concha, don Manuel.
Danigrande, don José O.
Gomez Solar, don Pacomio.
Guerra, don Juan Estevan
Magallanes, don Valentin.
Munizaga, don Policarpo.
Santender, don Valentin.
Vicuña Solar, don Benjamin.
Vicuña, don Urbano.
Vicuña, don Joaquin.
- Copiapó.*
Corbalan, don Manuel A.
Cortes, don Manuel.
Cádiz, don Pedro.
Diaz, don Julian.
Echeverria, don Francisco.
Gonzalez, don Manuel A.
Martinis, don David.
Perez, don Santiago.
Rojas, don Manuel.
Soto, don Apolinario.
Tapia, don Manuel.
- Rancagua.*
Navia, don José Manuel.
- Parral.*
Villagran, don Bernardo J.
- Talca.*
Castro, don Adolfo.
Castro, don José Gregorio.
Diaz, don Domingo.
Donoso, don José A.
Fonseca, don Justo.
Letelier, don Patricio.
Letelier, don Bernardo.
- Cauquenes.*
Arce, don Gavino José.
Bustos, don Juan de Dios.
Bruce, don Antonio.
Cañas Pinochet, don Alejand.
Cisternas, don José.
Garin, don Emilio.
Herrera, don Márcos José.
Manriquez de L., don Pablo.
Merino, don José Maria.
Medina, don José Manuel.
Portilla, don José.
Pinochet, don Alejandro.
Paez Silva, don Domingo.
Plaza, don Alcibiades de la
Urrutia Flores, don Domingo.
Urrutia Flores, don Manuel.
- ==
- LIMA.
Vijil, don Francisco de P.
Ugarte, don Pedro.
Vicuña Mackenna, don Benj.
Matta, don Manuel Antonio.
Vial, don Rafael.
Gallo, don Anjel Custodio.
Gallo, don Tomas.
Ovalle, don Luis.
Sampaio, don Francisco.
Ovalle, don Agustin.
Ovalle, don Juan Francisco.
Souper, don Roberto.
Matta, don Felipe.
Ovalle, don Javier.
Maluenda, don Andres.
Larrecheda, don Ambrosio.
Pozo, don Esperidion.
Rojas, don Rudesindo.
Matta, don Tristan.
Tirapegui, don Nicolas
Amunátegui, don Manuel,
Lillo, don Eusebio.
Gonzalez, don Perceval.
- (Continuará).

